www.elboomeran.com

Barbara Trapido

El hermano del famoso Jack

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez

Libros del Asteroide

www.elboomeran.com

Primera edición, 2016
Título original: *Brother of the More Famous Jack*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1982 by Barbara Trapido
© de la traducción, José Manuel Álvarez Flórez, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © CSA-Archive
Fotografía de la autora: © Jane Bown

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-62-7
Depósito legal: B. 30.150-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado,
neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques
correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro,
y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Stan, Elaine y Susan

www.elboomeran.com

Uno

Como no tengo otro, escojo de prefacio el que escribió Jacob, y que leí a escondidas hace quince años, cuando lo encontré sobre la mesa de desayuno de los Goldman, junto a los cereales:

> «En conciencia, no puedo dar las gracias reglamentarias a mi esposa por sus valiosos comentarios sobre el manuscrito, su lectura paciente de borradores o sus correcciones de pruebas, porque Jane no hizo ninguna de esas cosas. Raras veces lee, y cuando lo hace nunca es algo mío. A juzgar por los pródigos agradecimientos a las esposas que veo en los prefacios de los libros de otros, me considero particularmente insensato por haberme casado con una mujer que se niega a doblar turno como ayudante editorial de alto nivel. Considerando que la costumbre exige que le dé las gracias por algo, se las doy en vez de por eso por su continua y agradable compañía, algo que no me hubiera atrevido a esperar en estos veinte años.»

www.elboomeran.com

Era un matrimonio que se caracterizaba, entre otras cosas, por el cambiante ánimo de Jacob, alternativamente enfurecido o encantado con Jane en el papel de tenaz esposa rural. No cabe duda de que eso influyó en los caminos que decidí recorrer yo.

Conocí a Jacob Goldman cuando me entrevistó para una plaza universitaria en Londres, durante mi último año en un elegante colegio privado del norte de la ciudad al que mi madre me había mandado. Mi madre, viuda de un verdulero local modestamente acomodado, lo había hecho con cierto sacrificio y con la esperanza de que yo adquiriese el acento apropiado y estuviese en condiciones de participar en los círculos apropiados. Y dado que los padres están destinados a que sus hijos les decepcionen, creo que a ella le decepcionó que la consecuencia de su decisión fuera, en cambio, que yo sacara siempre buenas notas y que Jacob se convirtiera en mi profesor. Jacob (un impresionante y corpulento filósofo de izquierdas procedente del East End) nos hablaba con maravillosa y convincente fluidez sobre la dialéctica trascendental, en un tono de voz formidable y barriobajero plagado de oclusiones glóticas, como de ayudante de fontanero. Era el catedrático de filosofía en aquel laberíntico edificio victoriano y enseguida se convirtió en mi figura paterna y mi referente cultural. Yo había leído las alusiones de lord David Cecil a sus «habitaciones» de Oxford, pero Jacob no me entrevistó en ningún lugar que pudiese dignificarse con esa palabra. Me entrevistó en lo que parecía ser apenas un recoveco ventilado.

—Te seré sincero —dijo—. Te he hecho venir hasta

aquí porque el informe del director de tu colegio es tan negativo que me induce a sospechar que quizá seas más lista que él. Puede que no seas, claro, más que una rebelde testaruda. ¿Qué crees tú que eres?

Me traspasó desde debajo de unas cejas de negra crin con una mirada de indisimulada antipatía. Eso fue, claro está, mucho antes del día en que le vi mandar pasar a su cocina a un grupo de testigos de Jehová empapados por la lluvia y ofrecerles tazas de té, porque era la persona más buena del mundo. Como si del relleno de un cojín se tratara, del cuello de su camisa abierta salía pelo a juego con las cejas. Yo debí de encogerme de hombros con algo de desdén. ¿Cómo podía transmitirle mi situación? ¿Hasta qué punto estaba impulsada timoratamente por un deseo de complacer y en cambio me sentía obstinadamente incapaz de hacerlo obedeciendo a valores que no fuesen los míos? Dado que mis valores no eran compartidos por quienes me rodeaban, estaba destinada al fracaso. Creo que la falta de reconocimiento me hacía mostrarme presuntuosa, en un intento de forzar el interés de aquellos que ejercían sobre mí su autoridad.

—A veces presumo —contesté.

—Yo también —dijo Jacob.

En el colegio era rebelde a un nivel modesto, siempre correcta, culpable de poco más que de leer a James Joyce por debajo de la mesa en las clases de religión, de faltar a todos los acontecimientos deportivos y de no llevar el uniforme del colegio con la delicadeza con que otras lo hacían. De rechazar, en suma, aquellos aspectos del colegio que me parecían periféricos respecto al proceso educativo. La educación, de acuerdo con lo que

www.elboomeran.com

siempre había esperado de ella, es lo que recibí de Jacob. Jacob tenía cierta afinidad con los más inconformistas, entre otras cosas porque, según supe más tarde, en su rebelde juventud hubo de vérselas con un bondadoso juez conservador. Y creo que el conservadurismo del juez le había enseñado a Jacob (respecto al conservadurismo y a otras formas de villanía) a odiar el pecado y no al pecador. Algo que se le daba muy bien.

—Dices que te gusta leer.

Encendió uno de sus repugnantes cigarrillos proletarios con una cerilla de cocina que sacó de una caja enorme y me cedió la palabra. Recuerdo retrospectivamente con cierto rubor que le conté, entre otras cosas, que pensaba que Wordsworth tenía «posibilidades», que creía que Jesucristo había sido un socialista utópico y que no me gustaba el sexo en D. H. Lawrence. Es una costumbre que tengo, ahora bajo control, la de compensar mi timidez natural con estrafalarios fogonazos de prepotencia.

—A mi mujer tampoco le gusta —dijo él, lo que me sorprendió en gran medida—. Ella considera que más que sexo es exhibición impúdica indecente. Pero ¿no hay, y perdona, porque no es mi huerto de coles, no hay en eso algo del entusiasmo propio del pionero? ¿No hay una cierta ingratitud en lo de trepar hasta los hombros del pasado y burlarse?

—No lo sé. Pero no me gusta tener que estar agradecida por algo.

Jacob se tomó eso con una alentadora sonrisa contenida.

—Por supuesto, a mí nunca han llegado a golpearme con jade chino —dijo—. Me han tirado a la cabeza una lata de rabo de buey Heinz y no han acertado, pero eso no tiene ni por asomo el mismo poder simbólico.

Después pasé a complicarme la vida hablando del único libro de filosofía que había llegado a leer, una edición de bolsillo de un libro de Bertrand Russell publicado por la Home University Library que había comprado en el mercado de Camden Town, sospecho que para fastidiar a mi madre, que creía que me estaba convirtiendo en una marisabidilla que ahuyentaba a pretendientes estupendos. La que huía de los hombres era yo, claro, pero el asunto operaba en ambas direcciones. Como dice Robert Frost: «No hay nada que me dé tanto miedo como la gente asustada». Luego le conté a Jacob que mi novela preferida era *Emma*. Él comentó con ironía que al menos en ella no había nada de sexo. Yo aún lo ignoraba, pero el sexo era uno de los temas favoritos de Jacob. Me ruboricé y dije con pasión para defenderme: «Claro que hay sexo en *Emma*. La señora Weston tiene un bebé. Al que se le quedan pequeños los gorritos, ¿no se acuerda? No se tienen bebés sin sexo, ¿a que no?». Jacob lanzó una sonora carcajada rabelesiana y propuso ir a tomar un café, que compramos en una máquina expendedora que había al final del pasillo.

—Mira, preciosa —me dijo cuando ya me marchaba—, la gente que viene aquí lo hace a costa del contribuyente británico. Y yo lo que exijo es que esa gente se esfuerce. Si no se esfuerzan hago todo lo que está en mi mano para que los echen.

Durante las vacaciones de verano recibí la notificación (el último cumplido que me dirigiría Jacob) de que el departamento me admitiría sin importarles mis notas finales.

www.elboomeran.com

Dos

Poco después conocí a un tal John Millet en la librería Dillon's.

—¿Solo mermelada y poesía? —me dijo al oído.

No sabía quién era. Se acercó a mí mientras yo echaba un vistazo a los libros de las estanterías. Hablaba un inglés de la BBC y me miraba con una sonrisa torcida y vagamente petulante. Mi bolsa de malla, que llevaba al hombro, contenía un tarro de mermelada de fresa y una edición de bolsillo de John Donne. Me ruboricé mucho, desconcertada por su belleza de manual, porque John Millet parecía el modelo de un anuncio de camisas Austin Reed. Vestía de elegante lino pálido y del bolsillo de la camisa le asomaba un paquete aplastado de cigarrillos franceses.

—Intentaré no volver a sonrojarte —continuó, disfrutando con mi desconcierto—. No hace juego con la ropa que llevas.

Ese día yo iba vestida con una camiseta de fútbol *oversize* de color morado, la misma que había llevado en mi entrevista con Jacob. Me llegaba hasta la mitad del muslo, que era lo que dictaba la moda por entonces. Ladeado hacia un ojo llevaba un gorro de ganchillo que me había hecho yo misma. Lo mío con la ropa es una auténtica historia de amor. Para mí es esencial, y a menudo consigo unos *looks* tipo *Vogue*. Una vez, mientras cruzaba Tottenham Court Road, un grupo de fotógrafos japoneses empezó a disparar sus cámaras. Me sentí más que satisfecha de que hubiesen desafiado el tráfico para captar mi imagen. Me gustan sobre todo las prendas artesanales. Me gustan los blusones de pastor y las intrincadas labores de punto. Soy capaz de tejer paisajes prodigiosos en mis jerséis. Puedo hacer ribetes acordonados en las costuras y bordado de cuentas. Me gusta hacer puños y corpiños acolchados.

Ese verano, John Millet vestía su mediana edad con una gracia despreocupada. Aquella tarde me llevó por el Embankment hasta la Tate Gallery en su Alfa Romeo blanco. Era arquitecto y acababa de regresar después de cuatro años en Roma. Moreno y con arrugas, destacaba entre los Henry Moores lisos y blanco guijarro. En el café de la planta baja, con sus preciosos murales, me ofreció donuts y habló sobre la Vasija de Portland. Cercada como estaba por el rústico idilio de aquellas paredes, el humo de su Gauloise al elevarse me hizo pensar en un paisaje romántico con un pastorcillo tocando la flauta. Tres días más tarde le explicó a una estilista de Sloane Square cómo tenía que cortarme el pelo.

—Así. Así —decía.

Yo observaba cómo mi pelo caía al suelo en pálidos terrones. El resultado, tuve que admitirlo, fue asombroso. Con mis pechos casi inexistentes y mis estrechas caderas, resultaba atractivamente andrógina. Salí man-

www.elboomeran.com

teniendo la cabeza alta y buscando con la mano el gallardo alfanje que sentía sobre el muslo.*

—Así está mejor —dijo él, recorriendo con el pulgar el surco de mi nuca recién expuesto al aire. John era siempre muy contenido en sus caricias. Comimos en un restaurante italiano donde él devoró ante mis ojos un intimidatorio plato de caracoles con zumo de limón mientras yo me peleaba con la pasta. Mis conocimientos de cocina extranjera en aquella época se limitaban a la certeza de que algo de paprika en el guiso lo convertía en húngaro y si utilizabas frutas en conserva se volvía caribeño.

—Así —me mostraba él, utilizando la cuchara y el tenedor, a la romana.

Cuando, imitando su técnica, conseguí enrollar algo del tamaño de una pelota de críquet en la punta del tenedor, se mostró entusiasmado, como si en ello viera un síntoma de mi inocencia.

—No está mal —concedió con una sonrisa que le llegaba hasta los ojos—. Los florentinos lo consiguen usando solo el tenedor. Voy a pasar un par de días con unos amigos en el campo —añadió—. ¿Por qué no te vienes?

El aceite de oliva que me manchaba la barbilla fue suficiente para hacerme sentir osadamente báquica.

—Sí —dije—. Sí, sí.

Telefoneó a sus amigos desde las oficinas desiertas de su estudio de arquitectura en Hampstead.

—Jane —dijo con aire de galán—. Mi dulce y querida Jane, ¿puedo llevar acompañante?

* Alusión a la obra de Shakespeare *A vuestro gusto*, I, 3. (*N. del T.*)

Yo estaba encaramada en una mesa a su lado y lo escuchaba todo. Su amiga hablaba de un modo confuso y contestó con precaución tras una pausa.

—Sabes que no me gusta la gente, John —dijo—. ¿Me gustará tu acompañante? ¿Tú qué crees?

—Sin ninguna duda —replicó él—. Eso te lo garantizo.

—Y dime una cosa, John, si me permites el atrevimiento, ¿tú y tu «acompañante» venís juntos o separados?

John me sonrió tranquilizadoramente al verme resplandecer con la emoción de que no hubiera retirada posible.

—Juntos —respondió.

Mi madre coincidió solo una vez con John Millet. El día antes de que nos fuésemos a Sussex. Le causó el consiguiente arrebato de indignación.

—Es marica —sentenció, orgullosa de su instinto para detectar la desviación sexual—. El mundo está lleno de jóvenes estupendos ¿y tú tienes que salir con un viejo marica?